

HISTORIA Y ANTROPOLOGÍA DE LA COMARCA DE LAS HURDES

MAURIZIO CATANI

Situada en una región montañosa cuyo ecosistema contrasta claramente con el de las llanuras de Extremadura y Castilla, la comarca natural* de Las Hurdes cuenta hoy en día con unos nueve mil habitantes, cinco municipios y cerca de cuarenta pueblos. En la actualidad la sociedad ha empezado a decaer demográficamente, sus habitantes se han abierto a las ideas nuevas y empiezan a marcharse, sin esperanza de volver, de su lugar de nacimiento; al mismo tiempo, rompiendo con las antiguas componendas a que habían llegado con los representantes del poder que proporcionaba los jornales*, la «lógica económica» (plasmada por ciertas opciones políticas de «racionalización presupuestaria») impulsa en la actualidad a los hurdanos a abandonar sus montañas. Sin embargo, es asimismo verdad que, con frecuencia, al verse afectados por el paro, los que habían emigrado durante la década de los sesenta vuelven al pueblo donde no es inusual que hayan modernizado o incluso construido una casa nueva, y son muy numerosos los que no quieren abandonar definitivamente esas tierras ingratas que sin embargo les pertenecen y que les mantienen en tiempos de crisis.

Esta sociedad local, que ha participado en la historia y en la evolución de la nación española —los primeros documentos que se conocen son de 1192, y en 1638 se imprimió una comedia de Lope de Vega con argumento hurdano—, está constituida por pequeños propietarios y vive desde hace muchos siglos, y hasta mediados de los años setenta, centrada en sí misma y en sus propios intercambios

de carácter local, comunal o intercomunal. Por tanto, desde el punto de vista histórico y antropológico, el estudio de la comarca es especialmente significativo ya que ésta puede considerarse como una especie de laboratorio en el que apreciar el paso progresivo a la dimensión ideológica nacional de una sociedad que durante muchos siglos ha estado centrada en sí misma y en sus intercambios locales.

Se trata de un territorio montañoso, con los límites geográficos claramente definidos, con agua abundante, habitado desde la Edad del Bronce, reconquistado poco antes de 1192 pero, no obstante, apartado de las grandes vías de comunicación militares y comerciales y asimismo de los momentos álgidos de las gestas nacionales. En el siglo XII la comarca de Las Hurdes formaba parte primero de los territorios adjudicados a las órdenes militares hasta ser donado, en 1450, a los condes de Valdecorbeja y más tarde a los duques de Alba. En el siglo XV la casa ducal reorganizó administrativa y espiritualmente el territorio (dotación de la iglesia de Nuñomoral).

Ese interés por una región de la Transierra, aislada y periférica, posiblemente obedecía a la nueva sensibilidad religiosa y civil postridentina que impulsaría al señor a hacerse cargo de las necesidades espirituales y materiales de una población aislada. Dentro de esa contingencia, a finales del siglo XVI, esa población despertó el interés histórico-literario de los hombres de letras adscritos a la casa ducal. En su comedia *Las Batuecas del Duque de Alba* (en la que los territorios de Las Hurdes y de Las Batuecas no aparecen diferenciados), interpretando de acuerdo con la tónica retórica de la época la realidad de los habitantes de la zona, Lope de Vega fijó los estereotipos que han definido hasta nuestros días la comarca y sus pobladores.

* *Comarca natural*, en español en el original francés. Siempre que el autor utilice un término en español esto no se indicará más que con un asterisco, sin nota a pie de página a fin de evitar repeticiones. (N. de la T.)

Considerados como «hombres salvajes», congregados en una sociedad semejante a la de los amerindios, pero por ello mismo auténticamente españoles, a los personajes de la comedia se les presenta como depositarios de la pureza de la raza. Nace así la imagen de un pueblo que, incommunicado pero por ello incontaminado*, desconocía la fe católica y la existencia de la realeza a pesar de descender de los godos que habían huido ante la invasión árabe. A fin de resolver la contradicción existente entre la pureza del estado natural y esa falta de cultura, la comedia culmina dramáticamente con la decisión del Duque que, rodeado de sus supuestamente nuevos súbditos, afirma:

*Yo os daré bautismo a todos
que a la gran Peña de Francia
habemos de ir desde aquí.**

En el clima ideológico de la época de los descubrimientos el presentar la comarca como un «mundo nuevo», descubierto también en 1492, implicaba por un lado darle carta de nobleza y, por otro, poner de manifiesto, en la renovación de las ideas debida al Concilio ya a través del proyecto de recristianización, la acción reformadora de la casa de Alba. Pero aunque ésa es la imagen que ha perdurado hasta nuestros días entre muchos visitantes ilustres, a la vez horrorizados y fascinados por el aislamiento de los lugares y la interpretación literaria de los hechos, la realidad histórica es diferente.

Aunque en Las Hurdes Bajas, administradas directamente por Granadilla,

el caso del concejo de Pinofranqueado ha sido diferente, tal como lo indica de entrada el nombre mismo, *Pino de los Franqueados**, en Las Hurdes Altas la zona de Nuñomoral, sometida a la administración de la Alberca, era una dehesa* necesaria para la economía de aquélla. Como las ordenanzas* albercanas consideraban los pueblos hurdanos simples majadas* (instalaciones temporales de los pastores) a cuyos habitantes no les estaba permitido roturar las tierras, esto dio lugar a una serie de pleitos* que demuestran que, a partir de mediados del siglo XV, la sociedad hurdana se estuvo encomendando con tenacidad a la justicia ducal a fin de obtener el aval jurídico a un estado de hecho: el asentamiento definitivo de una cincuenta de pueblos diseminados por quinientos kilómetros cuadrados de sierras «ásperas y fragosas». Debido a esta situación, adoptada y amplificada por la interpretación literaria, que aprovechó una historia militar y civil sumamente trivial, lo que no era más que un conflicto de intereses entre los habitantes de una villa* y los de su socampana* se convirtió en la «leyenda negra de la región», leyenda que ha justificado una serie ininterrumpida de intervenciones político-administrativas encaminadas a solucionar dicha situación.

Desde que salió a la luz la obra de Lope de Vega, la región ha sido con suma frecuencia motivo de gran preocupación para las autoridades eclesiásticas y civiles y, anteponiéndose a la realidad concreta de la comarca, la influencia de esa interpretación literaria ha condicionado las intervenciones de las autoridades hasta nuestros días.



Foto . Antiguas viviendas a base de larchas y pizarras en La Batuequilla (Foto: Félix Barroso).

Así, desde hace cuatro siglos, Las Hurdes han sido un espejo en el que se ha mirado España preguntándose sobre su propia identidad.

De hecho, como todas las sociedades agro-pastoriles que no producen suficientes reservas de grano o de carne, la comarca de Las Hurdes ha tenido que enfrentarse regularmente, de abril a mayo, al problema de la falta de trabajo entre dos cosechas y, a causa de la presión demográfica, todas las generaciones se han visto obligadas a construir bancales* y paredones* nuevos y a restaurar los deteriorados por los rigores del invierno teniendo al mismo tiempo que pagar a la Alberca las multas causadas por el delito de roturación; como, al mismo tiempo, las condiciones sanitarias eran pésimas y el régimen alimenticio, ya de por sí deficiente, carecía de yodo, el bocio y el cretinismo eran endémicos; como, por otra parte, en el primer tercio de este siglo, la mortalidad perinatal, según el doctor Marañón, era de cerca del 50%, las intervenciones de las autoridades para cambiar este estado de cosas han sido en todos los tiempos muy numerosas porque esta precaria situación, denunciada por personas de buena voluntad de todas las épocas y de todo tipo, inducía a considerar la comarca como un reducto de miseria física y de envilecimiento moral. Recordemos, por no referirnos más que a nuestro siglo, algunos momentos culminantes de esas tomas de posición por parte de las clases rectoras, que han confundido el juicio moral con la ayuda material: el Congreso de Hurdanófilos* que tuvo lugar en Plasencia en 1907, la visita del Rey Alfonso XIII en 1922, la tesis de geografía humana de M. Legendre, Director de la Casa de Velázquez (1927), el documental de Luis Buñuel *Tierra sin pan* (1932) y, finalmente, el prohijamiento* de los hurdanos, en 1955, por parte del general Franco, opción que, veinte años después, desembocó en el Plan de desarrollo integral* de 1976. A los ojos de la mayoría de los visitantes del siglo pasado, y aún en 1981 a los ojos de algunos técnicos del Plan de desarrollo integral, Las Hurdes, conocidas en el mundo entero a través de las imágenes que la película de Buñuel (también excesivamente retórica) eran un baldón* que manchaba* el buen nombre de España.

En 1922, en un viaje de reconocimiento médico-sanitario para preparar la visita del Rey Alfonso XIII, el doctor Marañón escribió que Las Hurdes constituían un problema sanitario* y que las alquerías altas* deberían haber sido abandonadas porque sus tierras de cultivo eran demasiado pobres.

En tanto que el primer comentario no dejaba lugar a dudas, la propuesta de reagrupación* ya la habían formulado dos siglos antes los obispos Porras Atienza y Vicente y Cebrián que, entre 1684 y 1734, propusieron a los hurdanos el concentrarse en lugares menos altos y menos escarpados. Al formular esa propuesta el eminente médico retomaba una antigua idea pero no se preguntaba el porqué de la falta de éxito de sus predecesores. Probablemente consideraba que como en esta ocasión el promotor de la idea era el Estado, su fuerza y sus medios llegarían a vencer las dificultades materiales y la resistencia de los hurdanos que, hasta entonces, se habían empeñado en permanecer lo más cerca posible de los minifundios que les aseguraban la autosubsistencia. De hecho, tanto en el siglo XVIII como en el XIX, si se hubiese querido concentrar el hábitat hurdano hubiese sido preciso llevar a cabo primero una reagrupación parcelaria*, pero, hasta ahora, nadie ha querido atacar de frente un problema que es muy espinoso porque tropieza con una de las ideas más arraigadas* en la sociedad, el sentido de la propiedad.

Las intervenciones de las autoridades, aunque generosas, a veces se han visto influidas por juicios morales que han impedido a sus promotores comprender plenamente el punto de vista de los hurdanos, y por tanto no han tenido en cuenta, por regla general, la organización interna de la sociedad. Así, cualesquiera que hayan sido en el pasado las condiciones que han suscitado compasión y que han puesto en marcha nuevos planes de desarrollo, por el hecho de no haberse reconocido como una de las posibles configuraciones locales de la cultura nacional, las iniciativas emprendidas a su favor se han quedado con frecuencia apañadas en ideas preconcebidas. Esto ha tenido como consecuencia el que se haya ocultado, hasta la renovación nacional que ha seguido a la caída del régimen franquista, la realidad de una capacidad plurisecular de auto-organización. Para demostrarlo, basta con pensar, y esto no es más que un ejemplo, en el hecho de que en Las Hurdes, desde el momento en que les flaquean las fuerzas, el cabeza de familia y su mujer reparten sus bienes por igual entre sus hijos mientras que, a cambio, éstos se comprometen a alimentarlo, alojarlos y cuidarlos.

Plasmado por escrito desde al menos el siglo XVII, el contrato afecta directamente a los padres de edad y a los herederos directos, pero, sin embargo, son los nietos los que cumplen con su deber respecto a los abuelos. Por este sistema la tercera generación aprende la lección: llegará el día en

que, después de haber sido cabezas de familia, esos adolescentes serán también ancianos achacosos que necesiten ayuda. Por tanto, si la relación de reciprocidad entre las tres generaciones no garantiza la circulación de bienes no puede haber continuidad en la sociedad a través de la familia.

La dureza de la vida es lo que siempre ha impresionado más tanto a las autoridades civiles y eclesiásticas como a los hurdanófilos del siglo pasado, o de éste, que han sentido una gran preocupación por la pretendida consanguinidad como causa directa de la degradación física y mental de la población. Sin embargo, este único ejemplo, sobre el que volveremos a hablar, nos permite llegar a la conclusión de que el aislamiento hurdano, por otra parte relativo, como lo testifican los pleitos entablados con La Alberca, no ha sido más que físico y que la pobreza real no ha sido sinónimo de miseria moral. En efecto, esta sociedad era, y es aún hoy en día, en gran parte, capaz de valerse por sí misma. Y esto lo expresan los hurdanos de manera inequívoca afirmado que «como las águilas» ellos cazan en las llanuras pero se remontan a continuación hacia las cimas.

* * *

Cuando se contempla un panorama general de la sociedad hispánica, la comarca se nos revela como ejemplar por tres razones. En primer lugar, el hecho de que la sociedad hurdana esté formada por propietarios explica el rechazo a abandonar el lugar de origen que ha sido característico en sus miembros hasta estos últimos años en que la antigua emigración temporal vinculada a los trabajos agrícolas, típicamente estacional, se ha visto sustituida cada vez con más frecuencia por una emigración interna o internacional que supone el establecimiento permanente fuera de la tierra natal.

En segundo lugar, como es el asentamiento mismo de la población lo que desde hace siglos ha sorprendido a las autoridades laicas o eclesiásticas que han interpretado el hecho a través de ciertas manifestaciones literarias o moralistas, la peculiaridad relativa a las herencias, que acabamos de señalar, pone de relieve el abismo que hay entre esas ideas procedentes del exterior y la capacidad de auto-organización de la población. Al ser una sociedad de mini-propietarios, Las Hurdes se convierten en un prototipo para el estudio de las tensiones que pueden surgir entre la nación, considerada como un todo, expresado por sus gentes de élite, y la totalidad que representa a su vez una sociedad local.



Foto 2. Exterior de casas de piedra en Horcajo (Cáceres).

En tercer lugar, debemos indicar un hecho complementario del precedente: los hurdanos han rechazado, pero también han interiorizado, los estereotipos que se han formado de ellos. Así, con frecuencia han conseguido sacar provecho de la compasión y del sentido de culpabilidad que suscitaban en los visitantes obteniendo por ello subsidios y ayudas. Aunque imbuidos de sentimientos ambivalentes, porque en numerosas ocasiones han logrado sacar* algo de los visitantes, actualmente se van liberando poco a poco de esa imagen estereotipada de su sociedad que por una parte les hiere pero que, por otra, les ha conferido una sensación de seguridad que induce a algunos a creer que además tienen el derecho moral de esperar que el Estado les compense de los sufrimientos pretéritos.

Sin embargo, cualesquiera que hayan sido las dificultades para subsistir y los medios empleados en el pasado para salir de apuros (como los productos de los huertinos* no eran suficientes, cuando bajaban a las llanuras, numerosos hurdanos se colocaban de obreros agrícolas un día y al siguiente ejercían la mendicidad —aunque la sociedad española en conjunto ya no es así—) una vez de vuelta en el pueblo la capacidad de la organización de los hurdanos siempre se ha puesto de manifiesto en la institución del derecho consuetudinario —la pareja *hijuela*-acetuado**— a que se ha aludido. Pero ha llegado el momento de ser más explícitos.

La *hijuela** es una donación (adelanto sobre la herencia directa) que, con su complemento el *acetuado** (lo exceptuado) nos permite comprender (aunque no se trate más que de minifundios*) la organización social y el sistema de relaciones y, por tanto, los valores de esta sociedad. Una vez que dos jóvenes de «la misma igualdad»*, es decir de familias de igual posición, deciden unir sus vidas, su forma de hablar se caracteriza ipso facto* por un «salto generacional» especialmente significativo. La nueva pareja que, en vez de trabajar para la familia de origen, es al fin libre para trabajar para sí misma, conoce sin duda los términos «suegro» y «suegra» pero no los utiliza. Incluso cuando todavía no se han concebido los nietos, a los padres y a los suegros se les empieza a llamar inmediatamente «abuelo» o «abuela». Además, aunque es verdad que materialmente los bienes de la hijuela pasan directamente a manos de los que pueden hacerlos fructificar, al hablar de ello los informantes de edad no señalan más que la transmisión a los *nietos*. Por otra parte hemos visto que el recibir la hijuela supone para los herederos la obligación complementaria de satisfacer las necesidades de los ancianos que, por estar incapacitados para trabajar, se han desprendido de sus bienes: es en eso en lo que consiste *lo que se exceptúa*, es decir, que de los bienes de consumo de la familia se sustraen los productos que hay que dar a los ancianos. Ahora bien, ese uso especial y consciente del léxico demuestra que desde el siglo XVII al menos y hasta estos últimos años, en que la prestación de las pensiones de vejez ha hecho menos necesaria la institución consuetudinaria, la sociedad ha organizado *conscientemente y autónomamente* su perpetuación a través de la *continuidad* que va de los abuelos a los nietos.

Sin embargo, no hay que pensar que esa organización social tan elaborada ha dado lugar a una sociedad idílica capaz de dominar en todo momento sus conflictos. Como en cualquier otra parte, la vida de estos pueblos no ha estado nunca exenta de enfrentamientos y, por no dar más que un ejemplo, la usura, practicada tanto por los albarcanos como por antiguos mendigos hurdanos, ha desempeñado un papel muy importante en la comarca. Por tanto, y como es de suponer, hay algunos herederos que respetan de muy mala gana sus compromisos en tanto que los viejos se quejan de ello. Y todo el mundo sabe que una vez que uno ya no puede valerse por sí mismo el hecho de abandonar la casa para «estar a meses»* en la de los herederos, puede hacer la vida

muy difícil. No obstante, en esta situación hay donde recurrir. Como en muchas otras sociedades locales españolas, o más generalmente europeas, las creencias religiosas son un medio de réplica y de control de las malas voluntades y de los individuos excesivamente rapaces. También el recurso de la *maldición* ha moderado (y aún hoy en día modera) los efectos de las tensiones que se manifiestan en la vida cotidiana.

El sistema religioso de Las Hurdes, en el que se mezcla la religión católica, el culto a los santos y lo que se conoce como «prácticas mágicas», es evidentemente una variante de las creencias que son corrientes en la España rural (y en muchos otros lugares de Europa). En cuanto se plantea un litigio (en nuestro caso por negarse a respetar los compromisos hechos con los ancianos) el apelar a las fuerzas superiores es la expresión inmediata del descontento. Culturalmente la *maldición*, contra aquellos de los que se sospecha te desean el mal, es la forma de contrarrestar tanto los golpes del destino como la mala voluntad de los individuos. Consiste en recurrir a un sistema de signos que, admitidos por todos, porque ha caracterizado la educación familiar y aldeana, hace posible un (relativo) control social ya que todo el mundo cree todavía que la maldición se cumple.

Situándonos ahora en un plan más general, aunque uno no pueda por menos de alegrarse del hecho de que la mejora progresiva de las condiciones de vida en todo el país (pensiones, sistema sanitario, y el conjunto de las infraestructuras modernas) haya afectado a Las Hurdes también, hay asimismo que tener en cuenta que estos adelantos tan bien recibidos no suponen, sin embargo, un cambio automático de los sistemas representativos de los habitantes. Bien es verdad que los símbolos de la *modernidad* han llegado a la región y que se valoran mucho. Salvo algunas personas de mucha edad, hoy en día todo informante, cualesquiera que sea su sexo o su edad, declara: «Somos como todo el mundo y queremos que nos lo reconozcan» (refiriéndose a los diputados, a la administración, a los sociólogos). Pero a pesar de que ese anhelo de ser *como los demás** es muy fuerte, también es verdad que al que viene del mundo exterior se le reinterpreta de acuerdo con las categorías pre-existentes en la configuración local de los valores que ha presidido la socialización de la población: cuidar de lo suyo* —cuidar de uno mismo, cuidar de lo que le pertenece a uno— siendo capaz de someterse a uno mismo, es decir a las propias manifestaciones culturales, lo cual, aunque a la vez deseado y

temido, viene de fuera y corre el riesgo de *penetrarlos*. Así, cualesquiera que puedan ser las manifestaciones del «poder» (el aún muy vivo del curandero o el del detentador de las oraciones* contra la tormenta*, ya en muy desuso), en Las Hurdes, tanto como en Madrid, la cuestión de fondo sigue siendo en muchos casos la de la envidia*.

Por supuesto que para resumir lo que los adelantos modernos suponen para esta sociedad nos bastará con señalar que la televisión resuena en la mayoría de los hogares. No obstante, como están aún profundamente inmersos en los ciclos naturales de la producción agrícola y pastoril, como siguen aún recurriendo a prácticas antiguas, como es por ejemplo la medicina fundamentada en el principio de *similia similibus**, los hurdanos continúan interpretando las adversidades en términos de mal de ojo* y envidia* (aunque el éxito de las sectas religiosas y de los médicos llamados «paralelos» en las capitales demuestra que ellos no son los únicos que lo hacen). Por otra parte, aunque la emigración temporal, tanto si es interna como externa, puede haber sido una experiencia común a una buena parte de la juventud hurdana o a una buena parte de los hombres de edad madura, constituyendo una experiencia directa de otro tipo de organización social, la envidia* sigue siendo con mucha frecuencia el motor de las relaciones y el principio que explica los acontecimientos que plasman la vida social de la comarca.

De lo que precede pueden sacarse dos conclusiones: a saber, que a pesar de los cambios, los hurdanos siguen siendo fieles a su idiosincrasia —como es el caso en los intentos de reagruparlos o, aún en mayor medida, en el de la organización de su sociedad local— por mucho que sorprendan, o cualesquiera que sea la opinión de los visitantes; a saber, que lo que precede no es más que una vulgar «resistencia a la culturización» que se verá rápidamente vencida por la fuerza del progreso. Hay mucho de verdad en esta reflexión pues sobre todo si se han observado estos hechos no *una tantum** sino durante veinte años, el tiempo de una generación —esa reiterada y antigua reticencia hurdana a dejarse modelar por lo que viene de fuera nos invita a analizar en detalle la resistencia por un lado y el proceso de adaptación a las influencias externas por otro. Aunque estas últimas están evidentemente destinadas a prevalecer en la actualidad, ya que los jóvenes empiezan a estudiar fuera de la comarca y, poco a poco, acabarán por establecerse fuera de ella, aunque la

actual persistencia de las prácticas religiosas que recurren a la magia se irá transformando probablemente también a imitación de los modelos urbanos (por su parte las sectas protestantes han construido ya lugares de reunión en Las Hurdes), el hecho de que aún se mantenga una población importante así como las actividades de auto-abastecimiento, que empiezan a duplicarse a causa de los recursos que proporciona el turismo, quizá demuestre que la «resistencia al cambio» va acompañada de la continuidad —bajo otras formas— de la afirmación voluntaria de un modelo de inserción social fundamentada en una conciencia de sí secular.

En una grabación del 3 de junio de 1981, Eusebio dijo:

(Un «zajorí») es como el que traía noticias de otros pueblos, que decía: «En Ciudad Rodrigo ha pasao esto, en Ciudad Rodrigo lo otro». Pos aquí, en vez de llamalo esto «correo» o esu, pos lo llamaban «zajorí». Una palabra era así, ¿sabes?. Porque venía eso, y decían: «Mira, ese es un zajorí». Y después se refinaba. Que era eso, que era uno que traía noticias: «Pos ha pasao esto, ha pasao lo otro». Y lo llamaban zajorí.

Años después, estando el antropólogo un poco más enterado de las representaciones hurdanas, el 24 de agosto de 1986, el informante se explicó mejor:

Catani: ¿Profeta o zajorí?

Eusebio: ¿Zajorí? «Zajorí», es en lengua jurdana. Tienes que después adiviná lo que pasa cincuenta años. Desde ahora hasta cincuenta años. Y lo adivinas, porque como sabes tanto, empiezas por la experiencia de un año. Como va subiendo el mundo y como va subiendo. Y no le falla ni un cuarto. Lo que decían los Arañitos aquí, que eran zajorines. Decían: «Hay que conocé médicos, por aquí. Y carreteras. Y curas. Y maestros. ¡No van a vení!». ¡Me cagüen la hos! Tenía que vení todo. Ves como ha venío, ¿sabes? Y aquellos, como andaban por el mundo (...) pidiendo un mendrugo de pan, ¿sabes?, lo sabían to".

Ya no piden los hurdanos mendrugos de pan y como desde largo tiempo «van por el mundo» (o el mundo viene a ellos a través de la televisión) los hurdanos continúan «sabéndolo tó». De hecho, el modelo de una «inserción social fundamentada en una conciencia de sí secular» no parece ser cosa excepcional en España ni tampoco en el Mediterráneo occidental. Tal vez, si

la clase política que actúa en las capitales quisiera concretar, sin limitarse una vez más a la imposición, la idea de la Unión Europea, valdría la pena preguntarse bajo qué forma ya la están viviendo y reinterpretando las sociedades locales empujadas hacia ella. Es una alternativa a la transformación de Las Hurdes (y de muchos otros sitios) en cotos de caza para las escopetas venidas desde el norte de Europa.

Maurizio Catani,

Centre National de la Recherche Scientifique.
Centre d'Ethnologie Française,
Musée National des Arts et Traditions Populaires, Paris,
noviembre 1994.
Traducción del francés de Amalia Martín Gamero

BIBLIOGRAFIA

- García Moro, C. I.: *Entre brezos y colmenas. La población de Casares de Las Hurdes en los siglos XVII al XX*, Editora Regional de Extremadura, Mérida.
- Legendre, M.: 1927, *Las Jurdes, étude de géographie humaine*, Burdeos-Paris, Ed. Féret et Fils, Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, fasc. XIII.
- Catani, M.: 1983, «La actitud del hurdano ante la vivienda», Oeste. Revista de arquitectura y urbanismo del Colegio de Arquitectos de Extremadura n.º 1, Cáceres, pp. 94-108.
- 1983, *Le sacrifice du cochon à Las Hurdes*, video realizado por el Centro Audiovisual de la Universidad René Descartes, París (20 min., Anexos: un mapa del siglo XVII y documentación fotográfica de 1927).
 - 1984. «Variations à propos du territoire, de l'espace symbolique et des systèmes de valeurs à travers un dicton espagnol et un proverbe italien qui ne paraissent pas avoir d'équivalent satisfaisant en français», *Revue de l'Institut de Sociologie*, Universidad Libre de Bruselas, Bruselas, n.º 3-4, pp. 607-626.
 - 1985. «Come e quando accettare l'obiettivo dell'estraneo. Rivisitare luoghi e stereotipi filmici cinquant'anni dopo Terre sans pain di Luis Buñuel», *Quaderni del Laboratorio antropológico universitario*, «Teorie e tecniche di antropología visuale», n.º 4, Palermo, pp. 41-72 y 91-104.
 - 1986. «Las categorías culturales que modelan la vivencia hurdana», Alcántara. Revista del Seminario de Estudios Cacereses, Excma. Dip. Prov. de Cáceres, n.º 9, pp. 101-120.
 - 1987. «La comarca del Las Hurdes, una sociedad local entre herencia y maldición», Revista de Estudios Extremeños, vol. XLIII, pp. 685-698.
 - 1989. *La invención de Las Hurdes, una sociedad centrada en sí misma*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, Col. «Cuadernos Populares», n.º 27-28.